



CUENTO DE NOCHEBUENA

Hace 30 años, Pereira escribió este cuento, que ahora entrega a nuestra Revista con una doble y no sabemos si sincera declaración: El remordimiento de no haberlo incluido en sus volúmenes de narrativa y la sospecha- dice el poeta del Otro Lado- de que por entonces tenía menos oficio de contador de historias y acaso las contaba mejor...

Voy a contar una Nochebuena que viví hace muchos años, justo cuando yo empezaba a darme cuenta de las cosas, cuando cada mañana sentía la sensación de estrenar un mundo recién hecho, oloroso a virginidad.

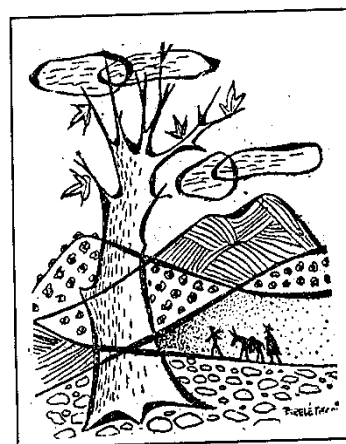
Habíamos salido de la aldea de mis mayores, allá por tierras de Fonsagrada, aprisa para alcanzar con tiempo la Nochebuena en Villafranca. De los tres viajeros, iba yo delante, alegre como no cabe, andando dos veces y a lo tonto el ya largo camino, porque la impaciencia me animaba a dar carreras excesivas, que luego desandaba para acoplar mi paso el de "Macario" y al de mi abuelo. "Macario" marchaba detrás de mí, lustroso y bien cebado, con carga no muy pesada, pero dulce y nutritiva, que lo eran respectivamente las roscas blanquiamarillas, y los pedazos multiformes en que había venido a parar un cerdo infeliz, mimado con traición durante largos meses en las pocilgas galaicas. Mi abuelo, a retaguardia, andaba a paso más tranquilo, quizá por administrar las fuerzas, aunque yo le conocía mejor que nadie la gana de alcanzar el valle del Valcarce, que ya nos pondría, como quien dice, de regreso en las puertas de nuestra casa.

Silbaba yo incansablemente, y de vez en cuando llenaba de gritos desaforados la tremenda oquedad de los montes de Cervantes, ya solitarios de costumbre, pero más en aquel día, cuando ningún viajero hallábamos en nuestro camino. A veces, un

castaño partido por el rayo, un roble añoso, se me aparecían configurados de tal suerte siniestra, que, sin saber por qué, sentía miedo de tanta soledad sombría. Entonces me acompasaba al lento resollar del burro, o aburría a mi abuelo con preguntas insaciables. Por variar, poníame a fabricar pensamientos chocantes, que en esto de ser algo soñador, la vocación me vino muy temprana.

El sol calentaba algo, a pesar de haber helado de lo firme, y sólo cuando el patrón consideró que el astro andaba por la mitad de su carrera, consintió en que repusiéramos fuerzas, decisión que yo venía tratando de anticipar, aunque sin resultado, con bien claras insinuaciones. Hubo chorizo y pan y "filloas". En estas últimas aprovechan los matadores hasta la inocente sangre del cochino, con perdón de los presentes. "Macario" también recibió lo suyo, pues antes se quedaría su dueño, y aún el nieto, sin bocado, que dejar al asno en trance de desmejoramiento. Sólo por el interés de cinco o seis reales diarios consentía mi abuelo en dejarlo en alquiler, pero por pocos días, y a vecinos de buenos sentimientos.

No nos dimos reposo en nuestro almuerzo, aunque en balde, porque los apretados cálculos pronto nos parecieron fallidos, con sólo ver que el sol corría como nunca a esconderse por los montes de Caurel. Vino la noche tan de súbito, que también el abuelo se puso a cantar en voz no muy alta, y a mí me pareció que lo hacía por espantar el miedo a los lobos. Al fin se decidió por coger al trotecillo la senda de San Tirso de las Castañeiras, aldea la más cercana, donde era cura un buen amigo de nuestra casa, y aún lejanísimo pariente. Dijo mi abuelo que sólo por mí detenía el viaje en tan señalada noche, y que otra cosa sería si yo no estuviese de por medio. Hice como que se lo agradecía.



San Tirso, con sus "pallozas", se me apareció como una ciudad encantadora, tal era el apuro en que me había puesto la soledad de los caminos. Fuimos bien recibidos, y cenamos a conciencia, de modo que no echamos en falta nuestra casa, salvo pensando en la pena que tendrían los de Villafranca porque anduviésemos errantes.

Yo tenía que hacer el año próximo mi Primera Comunión, y con estas cosas andaba muy metido en la iglesia, con ganas de ser cura. Hasta las monjas de la Concepción me habían hecho un bonete, y mi madre se empeñó en que me sacaran un retrato. Me puse muy contento de ayudar al cura de San Tirso en la misa del Gallo, leyendo las respuestas en un cartón apenas legible por lo sobado.

Sin embargo, anduve un poco distraído en las ceremonias. Yo era entonces casi

un mozo, consecuente y cabal, a quien se le daba poco por las mujeres. Bueno... Lo cierto es que aquella misma noche había conocido la primera, como quien dice. Era una niña dulce y cohibida. Daba pena ver qué rigurosos lutos le ponían por cosa tan natural como la muerte de su padre. A mí me dolió, sin saber por qué, tanta ropa negra sobre la piel clara o inocente de Jacinta, aunque, de verdad, la chica estaba guapa con su pelo rubio y sus ojos muy claros y azules. Hicimos buenas migas. Su madre, la pobre, vivía ahora al arrimo del hermano cura. Después de la misa hubo charla y alegría y cánticos al Niño en la cocina de la Rectoral. Nos dejaron campar por nuestros respetos. Luego, ya más pacíficos, se nos dio por la conversación. El párroco le decía a mi abuelo que aquél había sido buen año de funerales, y otras cosas así sin importancia. También hablaban de las elecciones, y a veces tratarían cosas muy privadas, porque bajaban la voz en forma de que nada oyésemos, y entonces echaban grandes carcajadas. Yo me hubiera dormido enseguida si no fuese por Jacinta, que me estuvo enseñando una caja llena de estampas y un Libro con el Santo Milagro del Cebrero. Después me contó dos o tres historias de lobos y de aparecidos, con lo que me tenía embobado. Pero al fin me preguntó si quería oír una de amor. Ella sabía mucho de esas cosas, creo yo, puesto que lo menos tenía ya diez años, y yo no me hice rogar, porque la chica era simpática y bien parecida, aparte de que nada se pierde con aprovechar los viajes para el conocimiento de las cosas y del mundo. La historia aquella de amor la escribiré otro día. Me gustó tanto, tanto, que una idea empezó a rondarme para terminar apoderándose de mí. La mano en el bolsillo de mi pantalón de pana, palpaba yo con disimulo el duro de plata que la bisabuela me dio por despedida. La vieja, medio tiesa en su cama, me había causado más miedo que otra cosa. Ella debió de averiguarlo con su mirada puntiaguda, y acaso por esto se decidió a ganarme con aquella dádiva fabulosa, que lo era de verdad en tales tiempos. Durante todo el viaje convencí al abuelo de que yo podía conservar el tesoro sin necesidad de que él me lo administrara. Ahora le daba vueltas y más vueltas. Al fin, con un gesto tan rápido que no cupiera el arrepentimiento, puse la plata en la mano de la rapaza, mientras apresuradamente le mentía que la señora María, mi bisabuela, me había regalado varias monedas como aquella, y que mi abuelo tenía muchas, y que a mí me daba más gusto que nada el emplear el duro en aquel regalo que sin duda serviría para que fuésemos más amigos. La chica se quedó sorprendida, pero sólo un momento, porque pronto escondió el duro en sitio inexpugnable de sus mil refajos, y con un poco de risa, que a mí me pareció muy a destiempo vista la solemnidad del caso, aseguró que no me olvidaría así como así, y que Dios mediante habríamos de vernos para que ella me contase todavía otras historias de amor que yo ni podría sospechar siquiera.

Cuando amaneció el día de Navidad, calientes y desayunados con las buenas sopas de ajo, ya íbamos yo y "Macario" y el abuelo- por orden de formación- avistando la carretera general, y se nos representaba estar en casa. El viejo era hombre concentrado en sus cosas, poco animador de confianzas, pero yo iba a reventar si no

hablaba... Y hablé. Más me hubiese valido ser cena de lobos, y allá se les atragantase el duro. Pero el caso es que mi abuelo aunque hecho un energúmeno, me hizo el servicio de enseñarme algunas prevenciones y cuidados para el trato con las mujeres.

ANTONIO PEREIRA

Ilustración de Perelétegui